

El ocaso de la democracia checoslovaca

Grollova-Spenser, Daniela

Veröffentlichungsversion / Published Version

Zeitschriftenartikel / journal article

Empfohlene Zitierung / Suggested Citation:

Grollova-Spenser, D. (1996). El ocaso de la democracia checoslovaca. *Revista Mexicana de Ciencias Políticas y Sociales*, 41(166), 181-192. <https://doi.org/10.22201/fcpys.2448492xe.1996.166.49501>

Nutzungsbedingungen:

Dieser Text wird unter einer CC BY-NC-ND Lizenz (Namensnennung-Nicht-kommerziell-Keine Bearbeitung) zur Verfügung gestellt. Nähere Auskünfte zu den CC-Lizenzen finden Sie hier:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/deed.de>

Terms of use:

This document is made available under a CC BY-NC-ND Licence (Attribution-Non Commercial-NoDerivatives). For more information see:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0>

El ocaso de la democracia checoslovaca

DANIELA GROLLOVA-SPENSER

Resumen

La Segunda Guerra Mundial terminó el 8 de mayo de 1945. En los meses posteriores el gobierno de Checoslovaquia buscó la reparación y la compensación por la traumática pérdida de la soberanía territorial y política en 1938, seguida por la ocupación nazi en 1939 y el desmembramiento del país. El presente trabajo explora las intenciones y las medidas que los checos y los eslovacos tomaron para reconstruir y consolidar un país que hasta antes de la guerra fue multinacional y constituyó en Europa central una democracia excepcional. Que esa búsqueda fuese acompañada de una miopía estratégica se les escapaba a los checos y eslovacos, pues tras los horrores de la guerra no pudieron anticipar que el mundo se dividiría en dos bloques hostiles y aliándose con la Unión Soviética, no recuperaron en tiempo de paz la soberanía que habían perdido como resultado de la guerra.

Abstract

The Second World War ended on the 8 May 1945. After the war, the government of Czechoslovakia sought reparation and compensation for the traumatic loss of territorial and political sovereignty in 1938, followed by the Nazi occupation in 1939 and the division of the country into two separate parts. This paper examines the intentions and the means by which the Czechs and Slovaks were reconstructing and consolidating a country which before the war was multinational and in Central Europe an exceptional democracy. This search was accompanied by a strategic shortsightedness, after the war horrors they could not anticipate the world divide into two blocks. By allying with the Soviet Union, the Czechs and Slovaks did not recover in the time of peace the sovereignty they had lost as a result of the war.

Para los checos y los eslovacos la guerra terminó el 8 de mayo de 1945. Ya durante la guerra, pero sobre todo en los meses que siguieron a la conflagración mundial, su atención fue absorbida totalmente por los problemas internos. Adicionalmente, los checos buscaron con afán y sin tregua la reparación y la compensación por la traumática pérdida de la soberanía territorial y nacional que resultó de la reunión de los jefes de Estados occidentales con Adolf Hitler en Munich en 1938, misma que dio pie a la ocupación nazi en 1939

y el consecuente desmembramiento del país. Los problemas domésticos y la búsqueda de nuevas alianzas después de la traición de Gran Bretaña y Francia no dejaron espacio para preocuparse por lo que estaba sucediendo en otros hemisferios del planeta. Así, la explosión de la bomba atómica sobre Hiroshima y Nagasaki, y la rendición de Japón entre agosto y septiembre de 1945, atrajeron su atención sólo momentáneamente. Los checoslovacos, como la mayoría de los europeos, consideraron que la tragedia provocada por la bomba atómica no era de ellos sino de los otros.

A continuación haré explícitas las intenciones de los checos y los eslovacos, y las medidas que tomaron para que otro Munich no se repitiera y el país se reconstruyera y consolidara preservando un Estado multinacional y una democracia que antes de la guerra en Europa central era una excepción. Que esa búsqueda fuese acompañada de una miopía estratégica se les escapaba a los checos y los eslovacos, pues tras los horrores de la guerra caliente no pudieron anticipar que el mundo se dividiría en dos bloques hostiles, enfrentados durante los próximos cuarenta y cinco años en una guerra fría.

A raíz de los acuerdos que Gran Bretaña y Francia tomaron con el canciller Adolf Hitler a espaldas del gobierno checoslovaco en septiembre de 1938 en Munich, Checoslovaquia fue obligada a ceder su territorio poblado por la minoría alemana en favor de Alemania. Hungría, un aliado de Alemania, ocupó el sur de Eslovaquia en donde vivía una minoría húngara. A su vez, Polonia ocupó una región de gran valor industrial al norte de Bohemia, en donde una minoría polaca convivía con la mayoría checa. En marzo de 1939 Hitler ocupó Checoslovaquia y convirtió a Bohemia y Moravia, las regiones occidental y central del país respectivamente, en su protectorado. Eslovaquia aprovechó la pérdida de la soberanía política del país para proclamar su independencia y volverse un Estado de corte fascista.

Como consecuencia de la traición en Munich por países considerados amigos y el desmembramiento del territorio nacional, ya durante la Segunda Guerra Mundial el gobierno checoslovaco formuló tres principios que iban a constituir el eje de su política de la posguerra: la recuperación de las fronteras checoslovacas anteriores a Munich; en política exterior, el establecimiento de una firme alianza con la Unión Soviética para resguardarse contra la posibilidad de

una nueva amenaza alemana, y la reorganización de las nacionalidades al interior del país como la mejor garantía para que otro Munich no se repitiera. Esta reorganización debía excluir de Checoslovaquia a las nacionalidades no eslavas y fortalecer los lazos con los eslavos de los países vecinos.

Todavía durante la guerra el gobierno checoslovaco que se había constituido en exilio en julio de 1940, exigió que las potencias europeas declararan inválidos los acuerdos tomados en la conferencia de Munich. Las potencias occidentales y Estados Unidos posponían su denuncia, veían con sospecha la intención checoslovaca de firmar un tratado de amistad con la Unión Soviética y no estaban de acuerdo con el gobierno de Checoslovaquia en reconstruirse sobre la base de la unión de los checos y los eslovacos sin las otras minorías. En cambio, la Unión Soviética apoyó la política del gobierno en todas y cada una de las exigencias mencionadas. Fue entonces, en diciembre de 1940, que Checoslovaquia como el primer país centroeuropeo firmó un tratado de amistad con la URSS en guerra. Eduard Benes, el antiguo canciller y desde 1937 presidente, consideraba a Checoslovaquia un país pequeño y un inevitable corredor entre el este y el oeste europeo que necesitaba apoyarse en la Unión Soviética. Algunos de sus colaboradores advertían que el objetivo de la URSS era bolchevizar a Europa, sin embargo la opinión de Benes prevaleció sobre las sombrías predicciones de sus colegas en el gobierno. La consecuencia inmediata de la reorientación de la política exterior checoslovaca hacia la Unión Soviética cambió el peso que tuvieron las decisiones del gobierno en exilio en Londres frente a las decisiones de los comunistas que estaban en el exilio en Moscú. De allí en adelante el gobierno compartió la toma de sus decisiones con los comunistas.

Una vez finalizada la guerra, la política centroeuropea de Checoslovaquia se orientó hacia el fortalecimiento de la alianza con la URSS y se limitaba a la resolución de los problemas internos y de los conflictos que tenía con sus vecinos. Con todos Checoslovaquia tenía disputas territoriales o conflictos en torno a las minorías nacionales. En realidad, la resolución de estos conflictos ocupó toda la atención del gobierno y de los partidos políticos checoslovacos entre mayo y agosto de 1945. Su resolución final no se logró sino hasta varios años después.

Una de las exigencias del gobierno checoslovaco para buscar la compensación del agravio provocado en Munich fue la construcción de un nuevo Estado nacional basado en la coexistencia de los checos y los eslovacos sin las minorías nacionales que habían apoyado al agresor de Checoslovaquia. Se pensaba entonces que las minorías tenían que ser expulsadas, y el resto que quedaría se asimilaría. Benes consideró que la política de la defensa de las minorías nacionales, uno de los productos del Tratado de Versalles, fracasó porque amenazaba la soberanía de la mayoría. En consecuencia, Benes se propuso llevar a cabo una política que impidiera que los alemanes y los húngaros se volvieran a constituir en fuerzas políticas que una vez más podrían desestabilizar al país. En total se trataba de cuatro millones de personas, casi la tercera parte de la población de Checoslovaquia.

Si bien las potencias occidentales estaban de acuerdo con la transferencia de los alemanes a Alemania y Austria, se opusieron a la transferencia de la minoría húngara a Hungría. No aceptaban la idea de la culpa colectiva. Benes, en cambio, la quería utilizar para justificar la expulsión de las minorías, pues consideraba a Checoslovaquia como víctima de los países a cuya nacionalidad pertenecían. El gobierno de Benes perseguía su política de retribución por Munich con ahínco pero incurría también en algunas contradicciones. Fue el caso de la disputa territorial que Checoslovaquia tenía con la Unión Soviética sobre Ucrania Subcarpática, que Hungría se había anexionado en 1939. Otra disputa tenía con Polonia en torno a Tesinsko, una región rica en minerales, que el país vecino se había anexionado en 1938. No obstante que el gobierno checoslovaco sostenía el principio de la restauración de su territorio al estado que guardaba antes de Munich, en ambos casos cedió ante las complejas presiones de la Unión Soviética. Además, el poder de maniobra de los grupos militares checoslovacos en Londres se había debilitado frente al Ejército Rojo, así como el poder de los militares checoslovacos frente a Moscú. La anexión de Ucrania Subcarpática a la Ucrania soviética en junio de 1945 fue uno de los primeros rompimientos del tratado de amistad por parte de la URSS, misma que había prometido a Checoslovaquia defender la inviolabilidad de sus fronteras tal y como habían existido antes de la guerra.

La explicación del por qué el gobierno de Benes estuvo dispuesto

a ceder sobre este punto está en su afán de contar con la buena voluntad de los soviéticos para apoyarlo en su disputa con los polacos. Sin embargo, los soviéticos aprovecharon la coyuntura y exigieron a los checoslovacos que antes que nada reconocieran al gobierno provisional polaco. Este gobierno, creado a iniciativa de los soviéticos en julio de 1944, fue una de las maniobras iniciales de los dirigentes soviéticos a fin de crear gobiernos maleables y dispuestos a colaborar en la realización de las políticas soviéticas de expansión en su ya planeada esfera de influencia. El gobierno soviético pidió a Benes que desconociera al gobierno polaco en exilio londinense y reconociera al gobierno con sede en la ciudad polaca de Lublin. Los soviéticos le presentaron la alternativa a Benes no como un asunto de relaciones bilaterales entre Checoslovaquia y Polonia, sino como la muestra de su amistad hacia la URSS.

Inicialmente, Benes puso como condición la restitución de Tesinsko a Checoslovaquia para reconocer al gobierno de Lublin. Con ello entraba en un conflicto con Gran Bretaña y corría el riesgo de antagonizar a Estados Unidos, que veía con malos ojos las intenciones soviéticas de interferir en los asuntos de sus vecinos. En ésta, como en las demás cuestiones de política exterior, Benes demostraba al mundo que carecía de una política propia y que para conseguir el fin buscado de la retribución por la pérdida de la soberanía nacional en 1938, en 1945 estaba dispuesto a plegarse a las posiciones soviéticas.

Sin embargo, a la Unión Soviética le urgía el reconocimiento del inestable gobierno polaco, y presionó al checoslovaco a reconocerlo aun sin haberle garantizado que Tesinsko fuera reintegrado al territorio nacional. Benes cedió. El problema quedó sin solución, y en los siguientes años suscitó tensiones nacionales en la frontera, algunas sangrientas. No fue sino hasta 1947 que se ratificara el tratado de amistad entre Polonia y Checoslovaquia. Para entonces a la Unión Soviética le convenía seguir una política diferente a la del final de la guerra y en un *volte face* presionó al gobierno polaco para que reintegrara Tesinsko a Checoslovaquia a través de un intercambio territorial, pues las disputas territoriales se oponían a los intereses hegemónicos de la Unión Soviética que buscaba la consolidación de su esfera de influencia.

La parte neurálgica de la política de Benes para restaurar la sobe-

ranía nacional fue la expulsión de los húngaros de Eslovaquia y de los alemanes de Bohemia. La minoría húngara consistía en medio millón de personas en el sur de Eslovaquia que Hungría, aliada de Hitler, estaba ocupando desde 1938. Entre mayo y agosto de 1945 el partido demócrata y los comunistas, que tenían un partido fuerte en Eslovaquia, apoyaron la presión nacionalista del gobierno de Praga como táctica para llevar agua a su propio molino y así fortalecerse. De esa manera, la política nacionalista del gobierno checoslovaco en Eslovaquia se convirtió en el juego de poder de los comunistas eslovacos.

La liquidación de la minoría húngara en Eslovaquia tuvo una masiva resonancia entre la población del campo, empobrecida por la guerra. Los partidos políticos prometieron a los campesinos de la parte oriental y del norte de Eslovaquia recibir parcelas y casas de los húngaros evacuados. De esa manera, no solamente los partidos sino también los campesinos participaron en el desalojo de los húngaros para poder ocupar las propiedades que fueron obligados a abandonar. Tanto el gobierno de Praga, como el Ejército Rojo, apoyaron la expulsión. En general, se hicieron los desentendidos ante la violencia indiscriminada que sus perpetradores ejecutaron sobre la población húngara que incluía a fascistas, a antifascistas y a personas sin partido alguno.

Los políticos checos y eslovacos esperaban que en la conferencia de Potsdam, que tendría lugar a principios de agosto de 1945, Stalin lograría que las demás potencias sancionaran la expulsión de los húngaros junto con los alemanes. Si bien las potencias aprobaron la expulsión de los alemanes, no mencionaron la evacuación de los húngaros. Al no lograr lo esperado, Benes despojó a todos los húngaros y alemanes de la ciudadanía checoslovaca, excepción hecha a los antifascistas. Al no lograr expulsarlos, el gobierno checoslovaco decidió eslovaquizar a los húngaros y asimilarlos a través de la colonización interna. Después de que los alemanes fueron expulsados de Bohemia, el gobierno ofreció sus propiedades y casas a los húngaros. A partir de la segunda mitad de 1947 la Unión Soviética, en aras de consolidar su bloque, se opuso a la continuación de la evacuación de los húngaros de Eslovaquia y una vez que el partido comunista checoslovaco llegó a monopolizar el poder en 1948, les devolvió la ciudadanía checoslovaca. Sin embargo, para entonces el

gobierno de la democracia popular limitaba los derechos civiles y la libre participación ciudadana en la política nacional a nivel general. La recuperación de la ciudadanía no pudo compensar la pérdida de la libertad.

El cambio principal que aconteció en Checoslovaquia en la posguerra fue la evacuación de los alemanes a Alemania y la repoblación de la franja occidental del país —los Sudetes— con una población ajena a la región. La política antialemana del gobierno de Benes tuvo raíces profundas. Ya en los años treinta, el partido político que representaba a los alemanes en Checoslovaquia —el Partido de Henlein con 70 por ciento de sus votos— se había inclinado a la colaboración con Hitler. En 1938 trató de convertir la posición de la minoría alemana en un problema internacional centroeuropeo. El partido y la mayoría de los alemanes habían sido los que provocaron el nacionalismo que condujo a la integración de los Sudetes al Reich. Fue el primer paso de Hitler para dominar luego a toda Europa central.

Al terminar la guerra, Benes regresó de Londres a Praga con la impresión de que ni los norteamericanos ni los ingleses aprobaban la evacuación de los alemanes. En cambio, contaba con el pleno apoyo de los soviéticos para llevarla a cabo. Una vez en Checoslovaquia, el gobierno del exilio se topó con una incontrolable ola nacionalista antialemana de la población. Para todas las corrientes políticas el nacionalismo fue la ideología de la revolución nacional y del nuevo Estado. Cada uno de los partidos políticos utilizaba el nacionalismo como un medio para atraerse votos y de allí una cuota del poder en el gobierno que estaba por constituirse. Este cálculo de ganar el poder con el voto nacionalista prolongó la vida del nacionalismo, transformándolo en un factor de larga duración en la trayectoria política del país.

Entre mayo y agosto de 1945 los alemanes fueron evacuados espontáneamente, sin plan ni normatividad legal alguna, y muchas veces de manera brutal. En Brno, la segunda ciudad principal del país, unos mil quinientos alemanes fueron arrojados a la cárcel sin ninguna razón y en las afueras la gente demandaba que fueran castigados. En las calles se organizaban manifestaciones antialemanas que alcanzaban una sicosis colectiva.

Los checos y los eslovacos consideraron la expulsión de los ale-

manes como una venganza justificada, o justicia revolucionaria, después de la tiranía que los nazis habían infligido sobre la población checoslovaca. Las víctimas de los campos de concentración y de las prisiones alemanas que regresaban a Checoslovaquia eran un testimonio vivo del terror y de la criminalidad nazi.

La mayoría de los alemanes fue a dar a la zona de Alemania ocupada por la Unión Soviética. El mariscal Zhukov, quien la tenía bajo su control, prometió al gobierno checoslovaco recibir a dos de los tres millones de alemanes que vivían en el país. Al tratar de deshacerse de los alemanes lo más rápido posible, y ante la incertidumbre sobre la decisión que las potencias tomarían en Potsdam, su evacuación de las ciudades checas se parecía a una limpieza étnica. Antes de la conferencia de Potsdam, la evacuación afectó a fascistas lo mismo que a antifascistas y ciudadanos apolíticos, a hombres, mujeres y niños. En Ustí nad Labem, una pequeña ciudad industrial en el norte de Bohemia, varios miles de alemanes fueron masacrados. Se les acusó, sin probar su culpabilidad, de haber cometido un acto de sabotaje después de la explosión en una fábrica de municiones que mató a veintiséis personas. La población alemana fue arrojada al río Labe y fusilada. Ya que no existía ningún decreto sobre la disposición de las propiedades que les fueron confiscadas, durante esos meses de falta de legalidad, las casas, los enseres, las tierras, los talleres y las fábricas de los alemanes fueron simplemente confiscadas.

En Potsdam, las potencias occidentales aprobaron la evacuación de los alemanes de Checoslovaquia pero criticaron acremente su expulsión forzada y el apoyo que los soviéticos habían prestado al gobierno de Praga. Después de Potsdam, la expulsión de los alemanes fue organizada y sus propiedades repartidas o vendidas.

El problema más importante en política interior en Checoslovaquia de la posguerra fue la relación que existía entre los checos y los eslovacos. En realidad, fue una relación difícil desde la fundación de la primera república en 1918, creada sobre las ruinas del imperio austro-húngaro. De las dos naciones, la eslovaca fue la más débil. Eslovaquia era un país agrícola y pobre; Bohemia y Moravia eran regiones industrialmente desarrolladas. La política nacional se concebía en la capital, Praga, y se trasladaba a la capital eslovaca, Bratislava, en una actitud paternalista y condescendiente. Los eslovacos resentían la desigualdad política y su subordinación a Praga. En con-

secuencia, después del acuerdo de Munich, el partido popular que dominaba el escenario político eslovaco, aprovechó la debilidad del gobierno checoslovaco y separó a Eslovaquia de Bohemia y Moravia. Al mismo tiempo se alineó con la Alemania fascista.

Si bien durante la coyuntura bélica la economía eslovaca se fortaleció, una vez que la guerra terminó Eslovaquia volvió a sufrir el desempleo, la baja producción y la falta de alimentos. Sin embargo, políticamente Eslovaquia era otra. Los cinco años como Estado independiente dejó una huella indeleble sobre la conciencia eslovaca. Además, la Iglesia y el clero aprovecharon la coyuntura de la independencia para aumentar su poder político en la sociedad.

No obstante esos cambios, un fuerte sector de la sociedad eslovaca era anticlerical y veía con desagrado que los pilares sobre los que descansaba la independencia del Estado eslovaco fueron constituidos de los elementos más conservadores y retrógrados que se apoyaban en la fuerza brutal del nazismo. Fueron estos grupos sociales los que se levantaron en armas en agosto de 1944 y con la ayuda de la resistencia armada checa, eslovaca y del Ejército Rojo derrotaron al gobierno eslovaco. Al ser liquidado el gobierno fascista, se acabó también el Estado eslovaco independiente. El poder político pasó al Consejo Nacional Eslovaco integrado por los partidos comunista y democrático.

Benes y sus colaboradores nunca reconocieron al Estado eslovaco independiente. Tampoco reconocieron la aspiración de los eslovacos por mantener una autonomía en los asuntos internos respecto a Praga. Para los checos, Eslovaquia seguía siendo una región más al lado de Bohemia, Moravia y Silesia. Poco después de que el gobierno checoslovaco llegó a Praga en mayo de 1945, vio que en Eslovaquia no tenía la misma legitimidad que el Consejo Nacional Eslovaco surgido de la insurrección. En junio de 1945, en señal de querer llegar a un compromiso, el gobierno checoslovaco reconoció al Consejo Nacional Eslovaco como el órgano legislativo y ejecutivo. Los partidos nacional socialista (sin parentesco alguno con el Partido Nacional-Socialista fascista) y el partido popular se opusieron e insistieron en que Eslovaquia era solamente una de las regiones que componían el territorio nacional y por tanto no podía tener un gobierno propio que ejerciera las mismas funciones legislativas que el gobierno checoslovaco.

Al ver la falta de una posición firme de los checos, el Consejo Nacional Eslovaco demandó que el siguiente paso en la reorganización institucional del país fuera la constitución de una federación de dos naciones para que de ninguna manera se considerara a los eslovacos como una minoría. El gobierno de Praga se negó a reconocer la autonomía de Eslovaquia porque buscaba la consolidación de un sólo Estado checoslovaco y temía que se estableciera un poder dual que lo debilitaría.

El Partido Comunista Checoslovaco apoyó al Consejo Nacional Eslovaco desde antes de la guerra y sostenía la igualdad de las dos naciones en la nueva Checoslovaquia. Sin embargo, los comunistas no tomarían una posición que les quitara fuerza política. Fue por ello que no defendieron el federalismo que sería precisamente aquella reorganización política que hubiera resuelto el *impasse* en las relaciones entre los checos y los eslovacos pero que carecía de popularidad a nivel nacional. El Comité Central del Partido Comunista Checoslovaco fue todavía más lejos y pidió a los comunistas eslovacos no apoyar la moción del Consejo en favor de la federación. De este modo, el partido comunista quedó bien con los demás partidos políticos nacionales. De allí en adelante los comunistas utilizarían las demandas eslovacas en su juego de poder a nivel nacional, pero cuidando que los órganos eslovacos no se fortalecieran, puesto que fue el Partido Demócrata y no los comunistas el que tenía la mayoría en su seno. En realidad, los comunistas no querían debilitar al Estado checoslovaco mediante el fortalecimiento del Poder Legislativo y Ejecutivo de los eslovacos en anticipación de ser ellos, tarde o temprano, los jefes de ese Estado. Fueron estos cálculos, camuflados como el interés por unificar a los checos y los eslovacos, los que influyeron en la nueva subordinación de los segundos a los primeros, misma que duraría hasta 1992. Posteriormente la República se dividió y los eslovacos volvieron a crear su propio Estado.

Para concluir podemos decir que la tragedia de Munich sesgó la forma de cómo los checos y los eslovacos se percibían a sí mismos en el mundo después de la guerra. La ansiedad para que otro Munich no se repitiera ofuscó su visión del futuro del país. El occidente los había traicionado, la Unión Soviética los liberó del oprobio fascista. Solamente con la sabiduría de la retrospectiva sabemos que Benes y sus colaboradores fueron incapaces de ver que la soberanía, la in-

dependencia de Checoslovaquia y su democracia fueron amenazadas por los intereses estratégicos y hegemónicos de la Unión Soviética. Al buscar la compensación por Munich, Checoslovaquia no consiguió en los tiempos de paz la democracia y la independencia que había perdido como consecuencia de la expansión alemana y la guerra. El Partido Comunista Checoslovaco, del que el eslovaco fue solamente una rama, dependía en sus decisiones de la sede del comunismo internacional en Moscú. A la Unión Soviética no le interesaba restaurar la democracia en los países que habían sido ocupados por los alemanes, sino crear su zona de influencia. En cada uno de los países bajo su dominio, la URSS aprovechó los conflictos internos para que en los intersticios del poder estatal, inestable y en formación, se creara el poder del partido comunista local. De esta manera, en Checoslovaquia la transición de la república, que Benes tenía proyectada, al régimen del partido del Estado, se llevó a cabo de manera pacífica y con la participación de las fuerzas sociales más representativas de la sociedad.

Durante los primeros meses de 1945, y sobre todo después de la guerra, Estados Unidos veía con preocupación los intentos expansionistas de la Unión Soviética y la subordinación de los vecinos a su política hegemónica. Si bien el objetivo principal de la destrucción de Hiroshima y Nagasaki por Estados Unidos fue la rendición incondicional de Japón, era al mismo tiempo una muestra de fuerza ante la Unión Soviética. A los ojos de los estrategas norteamericanos la expansión soviética amenazaba alterar el orden económico internacional, hacer desaparecer los mercados para los productos norteamericanos y provocar la escasez de las materias primas para sus industrias. Eventualmente, Estados Unidos en sí estaría asediado por el comunismo.

Así, sin habérselo propuesto, Checoslovaquia gracias a sus peculiares circunstancias centroeuropeas contribuyó a crear las condiciones que llevaron a la confrontación entre el este y el oeste, misma que se constituyó en una formidable guerra fría.

Bibliografía

Ausland, John, "Hiroshima spared: the Japanese a devastating invasion", *The International Herald Tribune*, 5 august, 1995.

Cerny, Vaclav, *Pameti*, Toronto, Canada, Sixty-Eight Publishers, 1976.

Drtina, Prokop, *Ceskoslovensko moj osud*, Toronto, Canada, Sixty-Eight, 1982.

Kaplan, Karel, *Poválečné Československo: Československo 1945-1948. Narody a hranice*, Munich, Alemania, Ed. Márodní Politika, 1985.